



CUANDO LOS GATOS SE VAN

José Santiago Macías Cabrera
Estudiante de bachillerato, 5º semestre

Para Genevieve

I

La mañana era gris, el viento soplaba fuerte; había volcado las vasijas de mamá que hacían de macetas y rasgado la fibra de las cuerdas en las que solía poner a secar la ropa. El sonido del cristal que chocaba contra el armazón de la ventana no me dejó dormir. La noche anterior fue espantosa, me aquejaba una tos horrible y un cosquilleo de los mil demonios me atosigaba la glotis; por si fuera poco, sudé a mares por causa de una fiebre que me estaba haciendo delirar. Bigotes, nombre que le había dado mamá a pesar de mi renuencia a imponerle un tan ordinario, era un felino doméstico, dotado de un esponjoso pelo color trigo con ojos atigrados y verdosos; como ese musgo que nace cerca de los hormigueros cuando viene el temporal. Llegó a casa de los abuelos por casualidad. El abuelo le cargaba su estómago blando y melenudo con tortillas bañadas en caldo de pollo, o, cuando el gato corría con suerte; podía llenarse hasta reventar de huesos y grasa de res. Habitó el jardín trasero casi un año, haciendo nido en un jarrón gigantesco que antes había mantenido con vida una mata de pirul; si no estaba ocupado digiriendo algún pedazo de pollo crudo, mataba lagartijas. A la repentina muerte de los abuelos siguió la desaparición del animalillo. Yo le había enseñado el aristocrático y dificultoso arte de saludar con la pata derecha muy educadamente; a veces trepaba desde mi fémur hasta el húmero, prendiéndose con sus delgadas garras de cachorro a la tela corriente con que estaban fabricadas mis prendas; se dormía en el hueco que hacían mis brazos cuando los unía uno tras otro, dejando un rastro de pelos blanquecinos imposible de eliminar después. El gato estaba echado sobre la piedra labrada del lavadero, caliente hasta los bordes por el sol de las tres de la tarde. Esa fue la última vez que lo vi, dicen que se saltó la barda y se perdió entre los techos hacinados de los vecinos. Dejó un esqueleto de mojarra a medio masticar.

Siguieron meses borrascosos, papá se fue de la casa cuando se enteró, por boca de una lengua suelta anónima, que su primogénito y portador de su apellido había salido maricón. Lo terminó de confirmar la noche que entró a mi recámara y halló sobre la repisa una edición francesa de Corydon y la poesía completa de Kavafis, separadas por una nota escrita a mano en la que se leía: *Je t'aime et je t'adore*, que según me aclararon después es la secuencia de palabras usada por las putas parisinas para enganchar a los mejores clientes. Aquella cosa había sido el intento vago que hizo Reinaldo, un librero fumador y homosexual que jugaba a ser Don Juan Tenorio, para ganarse mi corazón. Cuando las nubes se tornasolaban, mamá contaba historias de su pueblo; recuerdo haberle escuchado decir que Cirilo, el padre de su madre, había conseguido dónde hacer vida nada más cortando caña y afilando machetes. También dijo que cuando los gatos se iban era costumbre que el dueño gritara su nombre, en una cazuela de barro amplia, unas tres veces a todo lo que la garganta diera, para que el extraviado regresara con bien a su familia. A veces pienso que el gato se fue a buscar a Cirilo y que anda corriendo tras él en unos páramos lejanos atestados de cañas. Dos días después de que papá se fue, tomé sin permiso la cazuela que descansaba sobre la estufa con despojos de un guisado colorado, que no fue complicado retirar, coloqué la boca en el contorno y grité el nombre de mi padre tan potentemente como mi voz lo permitió. Lo hice hasta que me cansé. Ni papá ni el gato color trigo regresaron.

II

Después de toda aquella cadena de sueños engarzados entre sí, atraídos como crudas imágenes hacia el interior de mis sienes, despegué los párpados. Un dolor de cabeza se arremolinó en mi frente. Busqué a tientas los zapatos de uso diario y me levanté con los ojos llorosos dispuesto con medianía a tomar el café de la mañana; la casa estaba sola, la cocina emanaba un olor a *spaghetti* quemado; bebí el primer trago y me pareció que todo era tan amargo como lo que mis labios estaban sorbiendo. Conté las hojas que el granado del jardín dejaba caer, se apilaban en capas muy gruesas desde el otoño pasado; porque desde que sepultamos al abuelo, nadie se dedicó a pasar el rastrillo de patio entre los árboles frutales y sus retoños. Vino a mi córnea la visión del gato trigo, jugando con él debajo de ese mismo árbol, que ahora se mostraba frondoso y henchido de frutas carnosas; aquello me pareció

abominable. Los recuerdos son visiones retrospectivas que no alcanzamos a comprender. Sentí unas excesivas ganas de volver a dormir. Limpié las manchas de café que habían quedado sobre la mesa y subí con una cuerda hasta la habitación parca que me pertenecía. Observé a mi alrededor, nada. Todo era agobiante, todo, salvo unos versos que se mostraban en una página sin leer y abierta por casualidad:

En estas habitaciones oscuras, donde
paso días opresivos, camino de un lado
a otro, buscando las ventanas.

En el centro colgaba un candelabro, sujetado a un eslabón robusto que sustituí por la cuerda previamente anudada. Acerqué el bloque de madera, con el que el abuelo daba altura a su cama para reducir su hipertensión, y lo puse justo bajo el lazo, me subí en él y conduje la sog a mi cuello, con un gesto solemne que hubiera hecho estallar de risa a cualquiera. Conté hasta cinco. Uno, nadie se visualiza a sí mismo colgando en su recámara. Dos, perdón por ser maricón, papá. Tres, ¿con qué sueñan los gatos? Cuatro, ¿qué pensará mamá cuando vea esto? Cinco, nunca es demasiado tarde para morir ahorcado. Una oscuridad más bien azulada inundó mi campo de visión; la somnolencia que la cuerda me comenzaba a ocasionar era terrible. Algo llamó mi atención, un murmullo alejado y confuso fue percibido por mis tímpanos. El eco se fue haciendo más y más audible, la sog adherida a mi garganta dejó de tambalearse.

Una llamada: —¡ya está servido!—, seguida de un artero golpe en la puerta del cuarto y, finalmente, dos maullidos inconfundibles fuera del ventanal.

El resto del día tuve dolor de huesos.